

Rebecca West

El regreso del soldado

Epílogo de José María Guelbenzu





Seix Barral Biblioteca Formentor

Rebecca West

El regreso del soldado

Epílogo de José María Guelbenzu

Traducción del inglés por
Andrés Barba

Título original: *The Return of the Soldier*

© Rebecca West, 1918

Todos los derechos reservados

© por la traducción, Andrés Barba, 2022

© por el epílogo, José María Guelbenzu, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2022

ISBN: 978-84-322-4087-4

Depósito legal: B. 8.964-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

—¡Ay, no empieces a quejarte! —se lamentó Kitty—. Si todas las mujeres de hoy en día se inquietaran porque su marido se pasa dos semanas sin escribir... Además, si hubiese estado en algún sitio interesante, en algún lugar en el que la batalla hubiese sido realmente intensa, habría encontrado la manera de decírmelo, en vez de ese «En algún lugar de Francia». Seguro que se encuentra bien.

Estábamos sentadas en el dormitorio del niño. Yo no tenía intención de volver a entrar en él después de su muerte, pero me había encontrado de golpe con Kitty metiendo la llave en la cerradura y me quedé mirando la alta habitación tan llena de blancura y colores claros, tan insoportablemente alegre y familiar, que se conservaba en todos los sentidos como si aún hubiera un niño en la casa. Era el primer día rotundo de primavera y la luz del sol se filtraba con tanta intensidad a través de las altas ventanas abovedadas y las cortinas de flores que, en los viejos tiempos, seguramente habría alzado una manita regordeta para señalar las nuevas glorias

translúcidas de los capullos de rosas. La luz se extendía en grandes remansos sobre el suelo de corcho azul y las mullidas alfombras estampadas con extrañas bestias y arrojaba rayos danzarines, que con toda probabilidad habrían sido gravemente observados durante horas, sobre la pintura blanca y las paredes de un azul descolorido. Caía sobre el caballo balancín —el regalo perfecto, según Chris, para su hijo de un año—, mostrando su buen porte y sus muchas pecas, y resaltaba a Mary y a su corderito en la otomana de cretona. Sobre la repisa de la chimenea, bajo la adorada stampa del tigre rugiente, en actitudes tensas y relajadas a la vez, como si estuvieran dispuestos a jugar a gusto de su amo pero les costara no adormecerse en ese clima tan cálido, estaban sentados el oso de peluche y el chimpancé y el perro blanco y lanudo, y también el gato negro con los ojos en blanco. Todo estaba allí, excepto Oliver. Me di la vuelta para no espiar a Kitty visitando a sus muertos, pero fue ella la que me llamó.

—Ven aquí, Jenny. Voy a secarme el pelo.

Y cuando volví a mirar, vi que el cabello dorado le llegaba a los hombros y que llevaba sobre el vestido una pequeña chaqueta de seda ribeteada con capullos de rosa. Se parecía tanto a una chica de portada de revista que casi daba la sensación de que en cualquier momento le iba a aparecer un gran cartel de MEDIDAS PERFECTAS pegado a su persona. Cogió la silla de mimbre de la niñera de su sitio, junto a la trona, y la empujó hacia la ventana principal.

—Siempre vengo aquí cuando Emery me lava el pelo. Es la habitación más luminosa de la casa. Me gustaría que Chris no la mantuviera como cuarto de niños cuando ya no hay posibilidad...

Se sentó, acomodó el cabello sobre el respaldo de la silla a la luz del sol y me tendió su cepillo de concha de tortuga.

—Cepíllalo de cuando en cuando, sé buena. Pero ten cuidado. La concha de tortuga se quiebra enseguida.

Cogí el cepillo y me volví hacia la ventana, apoyando la frente en el cristal y contemplando la vista con despreocupación. Es conocida la belleza de esa vista, porque cuando Chris reconstruyó Baldry Court tras su matrimonio, se la encomendó a unos arquitectos que no tenían tanto la mirada salvaje del artista como el guiño cómplice de la manicura, y entre ellos convirtieron ese viejo y amado lugar en motivo de innumerables fotografías en la prensa ilustrada. La casa se encuentra en la cima de Harrowweald y, desde sus ventanas, la vista se pierde sobre kilómetros de praderas color esmeralda que se extienden, húmedas y brillantes, bajo una línea de elegantes colinas azules hacia el oeste y bosques lejanos. Al acercarse se ve el suave decoro del césiped, el cedro del Líbano, con unas ramas que son como la encarnación de la oscuridad, y los matices de los pinos más altos del bosque que se extiende hacia abajo, con sus ramas desnudas en una abigarrada textura de marrones y púrpuras, desde el es-

tanque hasta el borde de la colina. Ese día su belleza era como una afrenta para mí porque, como la mayoría de las mujeres inglesas de mi época, ansiaba el regreso de un soldado. Desdeñando el interés nacional y todo lo que no tuviera que ver con el afilado y punzante impulso de nuestros corazones, deseaba arrebatarse a mi primo Christopher de la guerra y encerrarlo en esa verde placidez que ahora contemplábamos su esposa y yo. Últimamente había tenido pesadillas con él. Por la noche veía a Chris corriendo sobre la podredumbre marrón en tierra de nadie, volviéndose hacia atrás porque había pisado una mano, sin atreverse a mirar siquiera al otro lado por el horror de una cabeza sin enterrar, y no fue hasta que mi sueño se llenó de espanto que lo vi inclinarse hacia delante de rodillas, como si llegara a un lugar seguro, si es que era eso. En las películas bélicas había visto a hombres deslizarse con la misma suavidad desde el parapeto de la trinchera, pero nadie, salvo los filósofos más sombríos, habría afirmado que esa caída los ponía a salvo. Y cuando logré escapar a la vigilia fue solo para quedarme allí rígida y pensando en las historias que me había contado la voz infantil del subalterno moderno, que resonaba indómita pero con la mayoría de sus alegres notas atenuadas. «Una noche estábamos todos en un granero y cayó un proyectil. Mi amigo gritó: “¡Ayúdame, viejo, no tengo piernas!” y yo tuve que responder: “¡No puedo, viejo, no tengo manos!”» Bueno, así eran los sueños de las mujeres

inglesas de esa época, no podía quejarme, pero deseaba el regreso de nuestro soldado.

De modo que dije: «Me gustaría tener noticias de Chris. Hace quince días que no nos escribe». Y entonces Kitty refunfuñó: «¡Ay, no empieces a quejarte!», y se inclinó sobre su imagen en el espejo de mano como quien se inclina sobre unas flores perfumadas para refrescarse.

Intenté construir a mi alrededor una pequeña esfera de tranquilidad como la que siempre la rodeaba a ella, y pensé en todo lo que seguía siendo bueno en nuestras vidas, a pesar de la partida de Chris. Recorrí con la mirada el suave ladrillo del muro del jardín a través de los árboles y pensé que, con la creación de aquellos jardines en el lado sur de la colina, tan bien cuidados como las manos de una mujer, Kitty y yo habíamos demostrado ser dignas de la generación anterior, que había construido la vieja casa en este soleado saliente rodeado de belleza. Era verdad que habíamos hecho mucho por la nueva casa. Podía transportar mi mente de una habitación a otra como un gato que ronronea frotándose contra todas las cosas hermosas y frágiles que habíamos recuperado de la antigüedad o desenterrado de las oscuras fosas de la artesanía moderna, deleitándome con el color que brillaba en todos los tapizados que habíamos elegido solemnemente con una intensidad tan pura que parecía emanar tanto calor como el sol. Incluso entonces, cuando el gasto me parecía un poco vergonzoso, no

podía dejar de pensar en esa belleza más que con orgullo. Estaba segura de que no se nos podía reprochar el lujo porque habíamos construido un buen lugar para Chris, una pequeña parte del mundo que era, en la medida en que puede serlo una superficie, lo bastante buena para su asombrosa bondad. Allí habíamos alimentado aquella extraordinaria amabilidad suya tan habitual que casi podía considerarse una de sus características físicas, ya que cualquier lapso de malhumor resultaba en él una calamidad tan sorprendente como la rotura de una pierna. Allí habíamos conseguido que la felicidad fuera para él algo inevitable. Yo podía cerrar los ojos y pensar en innumerables pruebas de lo bien que lo habíamos hecho, pues nunca se había visto a un hombre tan claramente complacido: la forma en que se quedaba con nosotras por las mañanas mientras el coche vibraba en la puerta, deleitándose con cualquier reflejo del clima en el marco familiar de las cosas, cómo ardían nuestras habitaciones repletas de colores brillantes hasta en el más oscuro día de invierno, cómo ni el verano más tórrido conseguía invadir los frescos y húmedos espacios frondosos de nuestro jardín, la forma en que, en mitad del entretenimiento de una gran comitiva, nos sonreía en secreto, como si supiera que no íbamos a cesar en nuestra tarea de reconfortarlo, y todo lo que hizo aquella mañana de hace apenas un año, cuando se marchó al frente...

Primero se sentó en la sala de la mañana y estu-

vo charlando y miró aquel prado que ya tenía la desolación de un escenario vacío a pesar de que aún no se había marchado, luego interrumpió repentinamente su contemplación y recorrió la casa, observando muchas de las habitaciones. Fue a los establos, miró los caballos e hizo sacar a los perros, pero se abstuvo de tocarlos o de hablarles, como si ya se sintiera infectado por la sordidez de la guerra y no quisiera contaminar su radiante bienestar físico. Luego se dirigió a la linde del bosque y se quedó mirando los macizos de rododendros de hojas oscuras y la maraña amarilla de los helechos del año pasado y el frío negro invernal de los árboles. (Yo lo espíe desde esta misma ventana.) Al final regresó melancólicamente a la casa para estar con su esposa hasta el momento de su partida, y yo me quedé con ella en los escalones para verlo marchar hacia Waterloo. Nos besó a las dos. Cuando se inclinó sobre mí, me di cuenta una vez más de que su pelo era de dos colores, castaño y dorado. Luego subió al coche, adoptó su aire de soldado y dijo: «¡Hasta la vista! Os escribiré desde Berlín», y al hablar echó la cabeza hacia atrás y clavó una dura mirada en la casa. Aquello significaba, lo supe entonces, que amaba la vida que había vivido allí con nosotras y que deseaba llevar consigo, a aquel lúgubre lugar de muerte y suciedad, la imagen más completa de todo lo relacionado con su hogar, una imagen en la que su mente pudiera detenerse cuando las cosas estuvieran en su peor momento, como un hombre que se

guarda un amuleto bajo la camisa. Esta casa, esta vida con nosotras, era el núcleo de su corazón.

—¡Si pudiera regresar! —dije—. Era tan feliz aquí.

Y Kitty respondió:

—No podría haber sido más feliz.

Y era importante que hubiese sido feliz, porque no era como el resto de los hombres de ciudad. En nuestra infancia, cuando jugábamos en ese bosque, siempre había mostrado una gran fe en la inminencia de lo improbable. Pensaba que el abedul podía realmente agitarse y encoger hasta convertirse en una princesa encantada, que él era realmente un indio piel roja y el disfraz se le caería de repente al atardecer, que en cualquier momento podían asomar entre los helechos los rojos colmillos de un tigre, y esperaba esas cosas con un impulso de la imaginación más fuerte que el de los niños normales y corrientes. Y por mil insinuaciones distintas, por la ocasional fijeza de su mirada sobre las cosas buenas como si estuvieran a punto de convertirse en otras mejores, por la expectación apasionada con la que viajaba a países desconocidos o entablaba relación con personas nuevas, me di cuenta de que esa fe persistía en su vida adulta. Había cambiado su ilusión de convertirse en un indio piel roja por la de reconciliarse completamente con la vida. Era aquella desesperada esperanza suya de que acabaría teniendo una experiencia que obraría en su vida un influjo como el de la alquimia, convirtiendo

en oro todos los oscuros metales de los acontecimientos, y que gracias a esa revelación seguiría su camino enriquecido por una alegría inextinguible. No había, por supuesto, ninguna posibilidad de que eso ocurriera. No había espacio, literalmente, para que se produjera una revelación en su abarrotada vida. Para empezar, tras la muerte de su padre se había visto obligado a hacerse cargo de un negocio lastrado por las necesidades de una turba de parientes femeninas, todas ellas inútiles, ya fuera a la vieja usanza, con sus tapetes, o a la nueva, con sus palos de golf. Luego había llegado Kitty, que había retomado su idea de lo que para ella era un gasto normal y la había estirado despreocupadamente como quien estira un guante nuevo sobre la mano. A continuación, la difícil tarea de aprender a vivir tras la muerte de su hijo pequeño. Sobre nosotras había recaído, como la responsabilidad que nos daba dignidad, compensar la falta de aventura con una vida agradable. Y sin embargo ahora, precisamente por haber cumplido de una manera tan brillante con nuestra tarea, qué lúgubre resultaba el escenario vacío...

Tal vez no éramos, al fin y al cabo, unas mujeres tan despreciables, porque nada que no se hubiera referido antes a la atención de Chris podía llegar a formar parte de nuestra vida. Recuerdo que, cuando la criada entró con una tarjeta en la bandeja, pensé en lo poco que me importaba quién hubiera venido o qué bandera de belleza enarbolara, porque

no había posibilidad alguna de que entrara Chris y se plantara a su lado con su belleza enrojecida por la luz del fuego y le mostrara aquella atención desinteresada, como la que los hombres poco musicales prestan a la buena música o los de sentimientos arraigados a las mujeres atractivas.

Kitty leyó en la tarjeta:

—«SEÑORA DE WILLIAM GREY, MARIPOSA, LADYSMITH ROAD, WEALDSTONE». NO CONOZCO A NADIE QUE VIVA EN WEALDSTONE.

Así se llamaba la mancha suburbana roja que ensuciaba el campo, cinco kilómetros más cerca de Londres que de Harrowweald. Ya no se podía proteger el entorno como en los viejos tiempos.

—¿La conozco, Ward? ¿Ha estado aquí antes?

—Oh, no, señora. —La camarera sonrió con sorna—. Ha dicho que tenía noticias para usted.

Por su tono se podía adivinar una explicación demasiado confidencial de una visitante desaliñada que había usado el felpudo de la entrada con más celo de lo normal.

Kitty lo pensó y dijo:

—Bajaré.

Cuando se marchó la criada, cogió las horquillas de ámbar de su regazo y empezó a enrollarse el pelo alrededor de la cabeza.

—Es una moda del año pasado —comentó—, pero creo que para una persona que vive en esa dirección será suficiente. —Se levantó y arrojó su pequeña chaqueta de seda sobre el caballito balancín—.

La voy a ver porque tal vez necesite algo y, sobre todo, porque quiero ser amable con la gente mientras Chris está fuera. Una tiene que ganarse el cielo.

Durante un minuto se mostró radiante en su lejanía, pero cuando entrelazamos los brazos y salimos al pasillo se volvió más mortal con un mohín.

—Hay que ver la gente, cómo interrumpe la calma —gimió con reproche, y cuando llegamos a la parte superior de la amplia escalera se inclinó sobre la barandilla blanca para echar un vistazo al vestíbulo y me apretó el brazo—. ¡Mira! —susurró.

Justo debajo de nosotras, en uno de los sillones de cretona más bonitos de Kitty, estaba sentada una mujer de mediana edad. Llevaba una gabardina amarillenta y un sombrero negro de plumas pegajosas que parecían haber sido renovadas hacía poco con algo sacado de una botellita comprada en la farmacia. Había enrollado sus guantes de hilo negro en un ovillo sobre el regazo, para poder doblar su falda de alpaca gris bien por encima de sus botas embarradas y ajustarse la trenza con una mano roja arrugada que adquirió un aspecto aún más horrible cuando la alzó para tocar las brillantes flores de azalea rosa que estaban sobre una mesa, a su lado. Kitty se estremeció y murmuró:

—Acabemos con esto. —Y bajó corriendo las escaleras. En el último escalón se detuvo y dijo con deliberada dulzura—: ¿Señora Grey?

—Sí —respondió la visitante alzando hacia Kitty un rostro cetrino y relajado cuya expresión

me produjo una aguda punzada de compasión a su favor; era bonito que una mujer tan sencilla se regocijara tan ardientemente de la belleza de otra—. ¿Es usted la señora Baldry? —preguntó, casi como si se alegrara de ello, levantándose.

Las varillas de su corsé barato chasquearon al moverse. En fin, tampoco estaba tan mal. Su cuerpo era largo, redondo y torneado, con una noble anchura de hombros, llevaba el cabello rubio enrollado con disimulo en torno a una hermosa frente y sus ojos grises, aunque distantes, como si todo lo que valía la pena mirar en la vida hubiera quedado muy lejos, rebosaban ternura. Aunque era delgada, tenía algo de la saludable y entrañable pesadez del buey de tiro o del gran perro de confianza. Y, sin embargo, estaba muy mal, repulsivamente envuelta en abandono y pobreza, como un buen guante que se ha caído detrás de una cama de hotel y que ha permanecido allí sin que nadie lo toque durante uno o dos días, resulta repugnante cuando la criada lo rescata de entre el polvo y las pelusas.

Mientras nos sentábamos, nos dijo directamente:

—Mi criada principal es hermana de su segunda criada.

Eso nos dejó perplejas.

—¿Ha venido por alguna recomendación?

—Oh, no. Hace dos años que tengo a Gladys y siempre me ha parecido una chica muy buena. No necesito ninguna recomendación. —Recorrió con la

uña la costura rota de un oscuro bolso de piel de cerdo que se deslizaba sobre su brillante regazo de alpaca—. Pero las chicas hablan, ya saben. No hay que culparlas...

Parecía atrapada en una espesura de vergüenza y se sentó mirando a la azalea.

Con la dureza de quien ve ante sí la maldición de la vida de las mujeres, una pelea doméstica, Kitty dijo que no le interesaban los chismes de las criadas.

—Oh, no —le brillaron los ojos, como si hubiéramos sido poco amables—, no es de los chismes de las criadas de lo que quería hablar. Solo he mencionado a Gladys —continuó recorriendo la costura reventada de su bolso— porque así es como me he enterado de que usted no lo sabía.

—¿Qué es lo que no sé?

Su cabeza se inclinó un poco.

—Lo del señor Baldry. Perdóneme, no sé su rango.

—Capitán Baldry —dijo Kitty con asombro—. ¿Qué es lo que no sé de él?

La mujer miró a lo lejos, hacia la puerta abierta con su vista de pinos oscuros y el pálido sol de marzo. Pareció tragar algo.

—Que no está bien —respondió suavemente.

—¿Quiere decir que está herido? —preguntó Kitty.

Las mohosas plumas oscilaron al mover su rostro apacible con un aire de perplejidad.

—Sí —dijo—, está herido.

Los ojos brillantes de Kitty se cruzaron con los míos y las dos obedecimos a ese misterioso impulso humano de sonreír triunfalmente ante el espectáculo de la bajeza humana. Porque esa noticia no era cierta. No podía ser cierta. Si Chris hubiese estado herido, la Oficina de Guerra nos habría teleografiado de inmediato. Se trataba de un fraude de esos que salían en los periódicos que registran meticulosamente la miseria con titulares del tipo: «Desalmado fraude a esposa de soldado». Ahora diría que había tenido que hacer algún gasto para traernos sus noticias, y que era pobre, y ante la primera mirada de generosidad por nuestra parte vendría alguna historia de apuros que asquearía a la imaginación, con imágenes de muebles de madera desvaída de los que un casero deseaba apoderarse extrañamente y un niño pálido con la garganta vendada. Aparté la mirada y traté de no prestar atención. Aun así había algo en la condición física de la mujer, por muy antipática que fuera, que impedía que resultara una bajeza absoluta. Estaba convencida de que, de no haber sido por el tiránico vacío de ese malvado y brillante bolso de piel de cerdo que se sacudía sobre las rodillas temblorosas, la pobre criatura habría optado por la franqueza y la amabilidad. Curiosamente, solo cuando miré a Kitty y observé cómo su brillante y colorida belleza se cernía sobre aquella simple criminal como si fuera una espléndida ave de rapiña y ella su frugal alimento, la escena me pareció degradante.

Pensé que se estaba pasando de lista.

—¿Cómo está herido? —preguntó.

La mujer hizo un dibujo en la alfombra con la punta de su bota redonda.

—No sé cómo decirlo... No está exactamente herido... Le ha estallado un proyectil.

—¿Conmoción cerebral? —sugirió Kitty.

Ella respondió con una extraña ligereza y humildad, como si nos ofreciera un término sobre el que había reflexionado mucho sin llegar a entenderlo, y esperando que nuestras inteligencias superiores hicieran algo al respecto.

—Neurosis de guerra —dijo, y como nuestros rostros no se iluminaron, continuó—: Sea como sea, no está bien.

Volvió a jugar con el bolso. Su cara estaba visiblemente empapada en sudor.

—¿No se encuentra bien? ¿Está gravemente enfermo?

—¡Oh, no! —Era demasiado amable como para irritarnos—. No está gravemente enfermo.

Kitty permitió que se hiciera un silencio brutal. Nuestra visitante no pudo soportarlo y lo rompió con un tono que el nerviosismo convirtió en un gracioso graznido inseguro.

—Está en el hospital Queen Mary de Boulogne.

No dijimos nada, y ella empezó a sonrojarse y a retorcerse en su asiento. Se inclinó hacia delante para buscar su paraguas bajo las patas de la silla. La visión de sus costuras verdes y aquel mango imita-

ción de concha de tortuga hizo que Kitty empezara a hablar:

—¿Cómo sabe usted todo eso?

Nuestra visita la miró a los ojos. Evidentemente era un momento para el que se había preparado y recuperó la respiración.

—Un hombre que solía trabajar como empleado junto a mi marido está en el regimiento del señor Baldry. —Pero su voz graznó aún más lastimosamente cuando suplicó con la mirada—: ¡Déjelo estar! ¡Déjelo estar! Si usted supiera...

—¿Y de qué regimiento se trata? —prosiguió Kitty.

El pobre rostro cetrino brillaba de sudor.

—Nunca se me ocurrió preguntar —dijo.

—Bueno, el nombre de su amigo...

La señora Grey se movió en su asiento de una manera tan repentina y violenta que su bolso de piel de cerdo le cayó del regazo y quedó a mis pies. Supuse que se lo había quitado de encima a propósito porque llevarlo vacío le había provocado esa humillación y que la escena concluiría pronto con unas cuantas lágrimas silenciosas. Esperaba que Kitty la dejara marchar sin abochornarla demasiado y que no le importara que yo le diera algo de dinero.

No tenía duda de que ese extraño y feo episodio, en el que esa mujer se abrió paso como un torpe animal hacia un portón que no era lo bastante inteligente como para abrir, se diluiría y quedaría sustituido por alguna combinación más agradable en

la que nosotras asumiríamos nuestros papeles; es decir, en la que ella se avergonzaría a causa de nuestra rectitud.

Pero, en vez de eso, gritó: «¡Chris está enfermo!». Fue preciso un instante para medir la descarada insolencia del momento: la asombrosa impertinencia del empleo de su nombre, aquella acusación de insensibilidad que nos lanzó —a nosotras, que fundábamos nuestro honor en nuestra pasión por Chris— por no clamar ante sus falsas noticias, la mirada de indignación descaradamente encendida que nos dirigió, la forma en que alzó la voz para darnos a entender que no comprendía nuestra frialdad e indiferencia. Aparté el bolso con el pie y la odié como los ricos odian a los pobres, como si fueran insectos que luchan por salir entre las grietas de su decente hogar e instauran la fealdad a plena luz del día.

—Es usted una impertinente —dijo Kitty con voz temblorosa y despiadada—. Sé exactamente lo que está haciendo. Ha leído usted en el *Harrow Observer* o en algún otro sitio que mi marido está en el frente y ha venido a contarme esa historia porque cree que va a conseguir algo de dinero. He leído casos parecidos en los periódicos. Olvida que, si le hubiera pasado algo a mi marido, la Oficina de Guerra me habría informado. Considérese afortunada de que no la denuncie a la policía. —Y concluyó gritando un poco—: ¡Váyase, por favor!

—¡Kitty! —suspiré.

Me avergonzaba tanto que el peligro al que Chris estaba expuesto en el frente hubiese provocado una escena así que quise salir al jardín y sentarme junto al estanque hasta que aquella miserable se hubiese ido con su deplorable paraguas, su impresentable abrigo y su pobre estafa frustrada. Pero la señora Grey, que había empezado, entre infantil y pausadamente, «Es usted quien está siendo...» y había desistido, simplemente porque se había dado cuenta de que su instrumento carecía de notas graves y no podía tocar esos acordes que a otros les resultaban tan fáciles, me clavó cierta mirada húmeda, clara y paciente. Es el don de los animales y de los campesinos. Se ve hasta en el más modesto, en el caballo viejo que se asoma desde el establo o en el anciano del asilo, y se clava en el corazón. También esa mujer...

—¡Kitty! —dije en broma, y conseguí recuperarla un poco con aquel tono menor—. Ha habido un error. Tal vez se haya equivocado de nombre. Por favor, cuéntenoslo todo, señora Grey.

La señora Grey hizo un movimiento hacia delante, parecido a una reverencia. Se había inclinado para recuperar su bolso. Cuando se levantó, tenía la cara sonrosada por el esfuerzo y la dignidad chapoteando insegura en un mar de lágrimas a medio derramar.

—Lamento haberla molestado —dijo—. Pero cuando se sabe una cosa así no es de recibo ocultárselo a su esposa. Yo también soy una mujer casada y lo sé. Conocí al señor Baldry hace quince años.

Con voz franca, confesó que se había tomado la libertad porque era «un gran amigo de la familia». Añadió ese detalle para suavizar la burda sorpresa de su anuncio, pero apenas lo logró.

—Nos perdimos de vista. Hace quince años que nos encontramos por última vez. No había vuelto a oír hablar de él ni pensaba que lo haría de nuevo hasta que recibí esto hace una semana.

Abrió el bolso y sacó un telegrama. De repente supe que todo lo que había dicho era cierto y que por eso había estado agarrando el bolso.

—No se encuentra bien. No se encuentra bien —dijo lastimeramente—. Ha perdido la memoria y cree... cree que aún me conoce.

Le pasó el telegrama a Kitty, que lo leyó y se lo puso en las rodillas.

—Vea —dijo la señora Grey—, está dirigido a Margaret Allington, mi nombre de soltera, y llevo diez años casada. Lo envió a mi antiguo hogar, Monkey Island, en Bray. Mi padre tenía una posada allí. Hace quince años que la dejamos. Nunca habría recibido este telegrama si mi marido y yo no hubiéramos ido allí hace tiempo y les hubiéramos dicho a los que ahora la conservan quién era yo.

Kitty dobló el telegrama y dijo en voz baja:

—Esto podría ser verdad.

De nuevo le brillaron los ojos grises. «La gente es grosera —parecía estar diciendo—, pero sin duda no la gente amable como esta mujer.» Se limitó a seguir sentada.

—Este telegrama no dice nada sobre neurosis de guerra —dijo Kitty, como si lo discutiera.

La mujer se derrumbó en una temblorosa timidez.

—También había una carta.

Kitty extendió la mano.

—¡Oh, no! —suspiró—. No puedo hacer eso.

—Debo leerla —dijo Kitty.

Los ojos de la mujer se agrandaron, se puso en pie y se abalanzó torpemente hacia su paraguas, que había vuelto a deslizarse bajo la silla.

—No puedo —exclamó, y corrió hacia la puerta abierta como un perro acosado.

Habría bajado directamente los escalones si no la hubiera detenido un cariñoso pensamiento. Se volvió hacia mí con confianza y tartamudeó:

—Está en el hospital que les he dicho. —Como si, por no haberla agredido directamente, fuera capaz de evitar que la noticia que nos había traído cayera en una hecatombe general de modales, pero la rígida palidez de Kitty le llegó entonces al corazón, y exclamó consoladoramente desde la distancia—: Y les repito que no lo he visto desde hace quince años.

Se dio la vuelta, se puso el sombrero y bajó corriendo los escalones hasta la gravilla.

—No lo entenderán —la oímos sollozar.

Durante un buen rato la vimos recorrer el camino de entrada, con su gabardina amarillenta de aspecto enfermizo y brillante bajo el fuerte sol, sus

plumas negras oscilando como los pinos en lo alto, sus botas baratas, que la hacían caminar sobre los talones, una mancha que se extendía sobre el tejido de nuestras vidas. Cuando la ocultó el oscuro grupo de rododendros de la curva, Kitty se dio la vuelta y se dirigió a la chimenea. Apoyó los brazos en la repisa de roble y se refrescó la cara contra los brazos.

Finalmente fui a acompañarla y me dijo:

—¿La crees?

Me sobresalté. Había olvidado ya que en algún momento no la habíamos creído.

—Sí.

—¿Qué puede significar? —Bajó los brazos y me miró implorante—. ¡Piensa, piensa algo que pueda significar y que no sea horrible!

—Es todo un misterio —dije, y añadí con suavidad, porque nadie se había enfadado nunca con Kitty—: Y tú no has ayudado precisamente a resolverlo.

—Oh, ya sé que piensas que he sido grosera —se quejó con petulancia—, pero eres tan lenta que no entiendes lo que significa. O bien significa que está loco..., que nuestro Chris, nuestro maravilloso y cuerdo Chris, está ahora destrozado e ido, que no nos reconoce... No puedo soportar eso. No puede ser cierto. Pero si no lo es... Jenny, en ese telegrama no había nada que dijera que había perdido la memoria. Era puro afecto, un nombre que podría haber sido el de una mascota, cosas que no es normal

poner en un telegrama. Es raro que escribiera un mensaje de ese estilo, que no me dijera que la conocía, que conociera a una mujer así. Significa que hay partes de él que desconocemos. Es posible que las cosas estén muy mal. Es un abuso de confianza. Me ofende.

Me horrorizó ese gesto rígido y digno que parecía arrancar el alma de Chris de su cuerpo. Estaba herida, por supuesto, pero hay formas en las que no debería manifestarse el dolor...

—Pero Chris está enfermo —dije.

Me miró fijamente.

—Estás hablando igual que ella.

Lo cierto es que no parecía haber mejores palabras que las que había utilizado la señora Grey.

—Pero está enfermo —repetí.

Ella volvió a apoyar el rostro en los brazos.

—¿Qué importa eso? —dijo—. Si fue capaz de enviar un telegrama así... —Hizo una pausa, suspiró profundamente y prosiguió con ese enfermizo deleite que a veces las personas desdichadas encuentran en la descortesía—. Si fue capaz de enviar un telegrama así es que ya no nos pertenece.